

Noticias

El 21 de Enero se celebró la apertura oficial del curso académico, con la solemnidad acostumbrada y lectura de la memoria de Secretaría. El acto tuvo lugar en el Instituto de Segunda Enseñanza. El discurso reglamentario correspondió al académico de turno don Rafael Vázquez Aroca, sobre el interesante tema de «Estado actual de la Relatividad», el que fué publicado en la «Revista de Escuelas Normales», editada en Córdoba y número de Marzo de este año, a cuya publicación remitimos al lector que desee conocer tan sugestivo trabajo.

—En la sesión ordinaria del 15 de Enero, celebrada en el local social de la Plaza Potro, bajo la presidencia del Director don Manuel Enriquez, la Academia acordó adherirse al Centenario de San Alvaro, que se organiza en Córdoba, y con este motivo intensificar las gestiones que viene realizando la docta Corporación para dar a la publicidad la «Historia de la Casa de Córdoba», del Abad de Rute, que tanta importancia tiene para la historia genealógica de los Fernández de Córdoba y de la misma ciudad.

Se conoció el estado de las investigaciones sobre Juan de Mesa y otras por él ejecutadas, acordándose ratificar al señor Hernández Díaz, principal investigador en Sevilla, la invitación a una conferencia sobre el gran imaginero cordobés. También se habló de las interesantes investigaciones que en los archivos cordobeses está verificando con este motivo el paciente erudito y académico don José de la Torre.

Se trató de la declaración de sitios y parajes de interés nacional en la provincia de Córdoba, para elevar a la superioridad una petición que añada otros de singular interés al ya declarado Picacho de la Sierra de Cabra, y nombrando para que hagan este estudio a los académicos señores Carbonell y Carbonell, quienes, en principio, han designado la Sierra de Córdoba, desde Torreárboles a Trassierra, y la Hoz del Bembézar, en Hornachuelos.

Fué votado académico numerario don Antonio Jaén Morente.

—El 11 de Marzo, a las seis y media de la tarde, y en la clase de Dibujo del Instituto, dió una conferencia acerca del tema «La personalidad del cordobés Juan de Mesa en la Escuela escultórica sevillana», el culto investigador sevillano don José Hernández.

La conferencia fué organizada por la Real Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes de Córdoba.

Con el conferenciante ocuparon el estrado el presidente de la Academia don Manuel Enriquez Barrios, el catedrático del Instituto don Enrique Romero de Torres y el párroco de la iglesia de Santa Marina, de Sevilla, don Eduardo Paradás.

Hizo la presentación del orador el señor Enriquez Barrios, quien expuso en breves palabras la labor que desde hacía tiempo venía haciendo el señor Hernández para clasificar las obras de Juan de Mesa, y elogió sus méritos.

Terminó dando la bienvenida al señor Hernández, y agradeciéndole la deferencia que dispensaba a la Academia al aceptar la invitación que le fué dirigida.

El señor Hernández, después de un breve exordio, expuso los inconvenientes con que tropiezan los investigadores para desarrollar su labor. Apenas hay un caso en que se puedan hacer afirmaciones, porque la investigación no cesa nunca, y lo que hoy se afirma mañana lo desmienten otros documentos.

Quien hace afirmaciones categóricas en este sentido demuestra desconocer los cimientos de la cultura.

Pasó seguidamente a tratar de la figura de Juan de Mesa, y se congratuló del honor que para él representaba venir a Córdoba a hablar del portentoso imaginero, como asimismo el verse rodeado de personas expertas en las ciencias y en las artes.

Agradeció a la Academia la invitación que le hizo.

Dijo que la figura de Juan de Mesa es digna de admiración y del homenaje, no sólo de los cordobeses, sino de todos los que sientan el arte.

Justificó su presencia en Córdoba para dar la conferencia, diciendo que había sido invitado en nombre de la cultura, y que él no podía negarse.

A continuación habló de los documentos hallados en el Archivo de Protocolos de Sevilla, y mediante los cuales se ha venido a conocer la recia personalidad del escultor Juan de Mesa.

Refiriéndose al primer documento hallado dijo que parecía im-

posible que durante dos siglos no se hubieran tenido noticias del gran imaginero cordobés.

Hizo relación de los investigadores que descubrieron a Juan de Mesa, citando a varias personalidades sevillanas, entre ellos a los señores Rodríguez Jurado y Gestoso.

El segundo, a pesar de citar a Juan de Mesa, no tenía documentación en qué apoyarse.

Elogió también al notario sevillano señor Gastalver, pues merced a sus gestiones, pudo abrirse a la investigación el Archivo de Protocolos.

Refirióse luego al contrato de aprendizaje de Juan de Mesa con Martínez Montañés, aportando datos muy interesantes.

Con los datos conocidos él invitó a la Academia de Córdoba a hacer investigaciones en esta capital, con el fin de hallar la partida de bautismo de Juan de Mesa. De esta labor se encargó don Enrique Romero de Torres, el cual halló la partida de bautismo en la parroquia de San Pedro.

Habló de otros documentos encontrados que han permitido fijar la época en que Juan de Mesa hizo algunas de sus obras.

A continuación examinó un artículo de *A B C* del corresponsal de dicho periódico en Córdoba, don Francisco Quesada, en el que recogía ciertas afirmaciones del señor de la Torre, y las rebatió. Afirmó terminantemente que Juan de Mesa era hijo de Juan de Mesa y de Catalina Velasco, y por tanto corresponde a él la partida de bautismo hallada por el señor Romero de Torres.

Agregó que no había podido comprobarse que Juan de Mesa fuera de Uceda, e invitó al señor de La Torre a continuar sus trabajos.

Es un enigma —dijo— a qué se dedicó Juan de Mesa antes de haber entrado de aprendiz en el taller del famoso imaginero de Alcalá la Real.

Hizo presente la evolución que ha producido en el arte de la imaginería sevillana la existencia de Juan de Mesa.

Pasó después a definir su arte y dijo que nada desmerecía del de Martínez Montañés. Señaló las diferencias existentes entre el arte de Martínez Montañés, que era un clasicista, y Juan de Mesa, que imprimió a sus imágenes, barrocas, mayor expresión trágica.

Se podría apellidar Juan de Mesa, el imaginero del dolor.

Al llegar a este punto expuso detalladamente las principales características de Juan de Mesa, que dijo había conseguido crear un tipo de escultura exclusivamente suyo, apartándose de las orientaciones seguidas por Martínez Montañés.

Seguidamente fueron proyectadas en la pantalla varias diapositivas de algunas obras de Montañés y de las de Juan de Mesa, que el orador fué detallando minuciosamente hasta dejar bien delimitada la diferencia entre el arte del gienense y del cordobés.

Dijo que la obra cumbre de Juan de Mesa es el Cristo de Vergara.

En toda esta parte el señor Hernández reveló poseer una extensa y sólida cultura del arte religioso en España.

Terminó la exhibición con la diapositiva de la Virgen de las Angustias, que se venera en la iglesia de San Agustín, de nuestra capital, y que es obra de Juan de Mesa.

Finalmente, el señor Hernández hizo mención de los artistas que más fama han dado a Córdoba, y con este motivo excitó a todos a honrar a sus gloriosos hijos.

El numeroso y distinguido público que asistió a la conferencia ovacionó al orador.

El señor Hernández recibió muchas felicitaciones, a las que unimos la nuestra por su interesante conferencia sobre el gran imaginero cordobés.

Necrología.—Don Francisco Alcántara

El 9 de Marzo falleció en Madrid el ilustre periodista, crítico de arte, don Francisco Alcántara Jurado.

Era este notable escritor natural de Pedro Abad y en Córdoba comenzó a demostrar sus excepcionales actitudes para el cultivo de las Letras y de la Pintura.

Muy joven marchó a la Corte y en ella se dió a conocer como excelente crítico de arte en el periódico «El Globo», el más importante, sin duda, de los que entonces aparecían en España.

Bohemio en el buen sentido de la palabra, hombre inquieto, de espíritu investigador, enamorado ferviente del arte en todas sus manifestaciones, de las bellezas que ocultan los rincones más apartados de nuestras ciudades y aldeas, recorrió casi toda España, efectuando muchos de sus viajes a pie, unas veces solo y otras acompañado de algunos discípulos suyos para sorprender y admirar tesoros artísticos ignorados, que trasladaba al lienzo en cuadros preciosos o describía en crónicas llenas de interés y amenidad.

Durante muchos años fué redactor artístico del periódico «El

Imparcial» en el que sus críticas, acertadísimas siempre, concienzudas, razonadas, le dieron grandes prestigios pues llegó a ser considerado, con justicia, el primer escritor de su género que había en España.

De la redacción de «El Imparcial» pasó a la de «El Sol», al ser fundado este periódico, y de ella formaba parte cuando dejó de existir.

Don Francisco Alcántara creó la Escuela de Cerámica de Madrid, centro importantísimo, pues, gracias a él recobró el valor que había perdido una industria nacional famosa en otros tiempos.

El señor Alcántara fué director del establecimiento mencionado hasta que por haber cumplido la edad reglamentaria, obtuvo la jubilación y entonces su hijo don Jacinto le sustituyó en dicho cargo.

A sus dotes excepcionales de escritor y de artista unía otras muy relevantes; hombre modesto, sencillo, afable, bondadoso, siempre rehuyó el aura popular y jamás echaron raíces en su corazón las malas pasiones, el odio ni la envidia; por eso contaba sólo con amigos en todas partes.

Acompañado de sus discípulos, para los que era maestro y padre a la vez, solía venir a Córdoba donde siempre hallaba nuevas fuentes de inspiración artística y nunca se marchaba sin haber visitado al pueblo que meció su cuna, Pedro Abad, que siempre recibía a su hijo ilustre con los brazos abiertos, como una madre cariñosa.

En Diciembre de 1927 dicho pueblo le rindió un homenaje tan merecido como simpático. En un solemne acto celebrado en el Ayuntamiento se le entregó el título de hijo predilecto de Pedro Abad y antes descubriose una lápida colocada en una de las principales calles del pueblo, imponiéndole el nombre de Francisco Alcántara. En esta ceremonia varias personalidades pronunciaron y leyeron discursos y poesías.

El señor Alcántara pertenecía a las Reales Academias de Bellas Artes de San Fernando de Madrid y de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes de Córdoba, así como a otras corporaciones literarias y artísticas, y había sido objeto de distinciones y mercedes de gran valor.

Descanse en paz el insigne crítico de arte.—*Ricardo de Montis*.—(De «Diario de Córdoba»).

Recepción del Dr. D. José Manuel Camacho Padilla

El 9 de Abril, a las siete de la tarde, verificose en el salón de sesiones del Ayuntamiento la recepción, como académico de número de la Real Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes del profesor de Literatura del Instituto de Segunda Enseñanza de Córdoba y notable literato don José Manuel Camacho Padilla.

La sala capitular fué invadida por numeroso público, destacándose entre él muchas señoras y bellas señoritas.

En el estrado tomaron asiento casi todos los académicos y algunas damas.

El sillón presidencial fué ocupado por el digno gobernador civil de esta provincia don Graciano Atienza, quien tenía a su derecha al gobernador militar de la plaza don Daniel Cáceres y Ponce de León y a su izquierda al presidente de la Academia don Manuel Enríquez Barrios.

Una vez abierta la sesión fueron comisionados los académicos don Vicente Orti Belmonte y don José Priego López para acompañar al estrado al señor Camacho Padilla, el cual fué saludado con una atronadora salva de aplausos al penetrar en la sala.

Seguidamente el nuevo académico dió lectura a su discurso que ostentaba el título de «Charla lírica de Córdoba».

Comenzó dando las gracias a la Academia por la distinción de que lo hacía objeto al admitirlo en su seno como académico y expresándose en tonos de gran modestia, respecto a su persona, dijo que el honor que se le hacía lo creía inmerecido, y mucho más, teniendo en cuenta que había venido a ocupar la vacante del inspirado poeta cordobés don Guillermo Belmonte Müller, cuya figura enalteció, solicitando de la Academia que se haga una recopilación de las mejores poesías del llorado vate para editarlas en un libro.

Abogó también por que se haga un detenido estudio de la personalidad literaria del señor Belmonte Müller.

Después de este exordio, escrito de primorosa manera, comenzó a desarrollar el tema.

Habló de lo que significa Córdoba para los turistas, a quienes basta unas horas para darse cuenta de las muchas bellezas que la ciudad atesora. Nos interesa la opinión de los extranje-

ros, pero tenemos que examinar la ciudad los que ella vivimos para sacar la consecuencia de cómo creemos nosotros que somos, después de una meditada reflexión.

Hizo un parangón saturado de bellezas literarias, entre el amor que se profesa a la mujer y el que se debe tener a la ciudad.

Hay que apoderarse de ambas con el corazón.

Dijo que él, el más modesto de todos, había tenido el atrevimiento de hacer un ensayo que sometía al fallo del ilustre concurso que lo escuchaba.

Seguidamente hizo una admirable descripción de la Sierra, cantando las bellezas que la adornan en las diferentes estaciones del año. Habló de sus colores, de sus perfumes desbordando la exuberancia del lenguaje en las descripciones.

La Sierra—dijo—es la salud para los enfermos y la alegría para los hombres sanos. La Sierra debe ser de todos como el sol, como el aire.

Otro punto del elocuente discurso fueron las ruinas de los edificios de las civilizaciones pretéritas. Todos los días se hallan en Córdoba restos gloriosos de civilizaciones pasadas. Los sabios no se han puesto todavía de acuerdo acerca de lo que debe hacerse con las ruinas. El tiempo ha oxidado a la ciudad de Córdoba, que es como una vitrina donde se guardan estos preciados tesoros.

Las ruinas no dicen perder nunca su carácter y debemos evitar siempre que el pasado aparezca como fué porque esto traería consigo, en muchos casos, una gran desilusión.

En párrafos admirables bordados de imágenes literarias habló del jaramago y la yedra, que viven adosados a las ruinas. En Córdoba las ruinas están cubiertas de una capa de flores y para llegar a ellas hay que pasar sobre un jardín.

Terminó esta parte del discurso con una bellísima descripción de Medina Azahara, que cautivó a los oyentes.

El Perol, era otro de los subtítulos de la «Guía lírica de Córdoba».

El señor Camacho Padilla analizó minuciosamente esta costumbre popular de los cordobeses. Describió el pintoresco cuadro de las romerías y ocupose de lo que supone para el menestral el pasar el domingo en el campo, rodeado de sus hijos, en grato y amable esparcimiento.

Es necesario un parque ciudadano de recreo en vez de esos

jardines de vías estrechas por las que hay que andar con cuidado y siempre bajo la vigilante mirada del guarda. Hay que hacer un parque para que gocen los desheredados de la fortuna, que no pudieron nunca ver satisfecho su deseo de poseer una casita en el campo y esto debe traer una orientación nueva a la administración que aunque muy cargada de obligaciones, debe atender a ésta, por la importancia social que entraña.

El perol conserva el recuerdo de todos los tiempos, pues antes, como ahora, lo guisaron los viejos y lo cantaron los jóvenes.

Glosó luego el río, con sus viejos molinos, con el prestigio de su tradición y la campiña que se retrata en las aguas.

Al hablar de la campiña expuso las inquietudes del obrero campesino y relacionó a éste con el trabajador de la ciudad.

A continuación leyó un hermoso romance dedicado a la mujer cordobesa describiéndola físicamente y enalteciendo sus virtudes.

Pasó luego el autor por el tamiz de su lirismo la Mezquita, en cuyo tema el observador y el literato unificados en el señor Camacho, han tenido un gran acierto.

Terminó el recipiendario su notable discurso haciendo un bellísimo retrato lírico de la ciudad, cuyas plazas y calles cantó con fervor de enamorado, sobresaliendo de esta parte unos emocionantes versos describiendo la mística plaza de los Dolores con el Cristo de los Desagravios.

El señor Camacho Padilla, que durante la lectura de su discurso había sido interrumpido en varias ocasiones por los aplausos del público, al terminar, fué calurosamente ovacionado.

Contestó al nuevo académico don Rafael Vázquez Aroca, que elogió la personalidad literaria del señor Camacho Padilla e hizo resaltar la labor que realiza como catedrático y que ha culminado en la organización de un Museo interesantísimo escolar que ha fundado en su cátedra.

Enumeró las obras literarias debidas a la pluma del culto literato y terminó diciendo que la Academia había tenido un indudable acierto al elegirlo académico de número, pues la plaza había sido ganada por méritos propios, ya que el señor Camacho, desde su llegada a Córdoba, no dejó de prestar, con sus trabajos, excelente cooperación a las funciones que la Academia tiene encomendadas.

El señor Vázquez Aroca fué muy aplaudido.

Seguidamente el señor Atienza impuso al nuevo académico la medalla correspondiente, dándose por terminado el solemne acto.

El señor Camacho Padilla recibió muchas felicitaciones por el admirable trabajo que acababa de leer y a ellas unimos la nuestra tan cordial como efusiva. (*Diario de Córdoba*, 10 Abril de 1930).

Recepción del Dr. D. Juan Carandell

El miércoles 30 de Abril, a las siete de la tarde, se celebró en el salón de Sesiones del Excmo. Ayuntamiento, la solemne recepción pública del Académico numerario don Juan Carandell, Profesor de Historia Natural del Instituto Nacional de Segunda Enseñanza, que leyó un discurso con el título «Andalucía: Ensayo geográfico», al cual contestó en nombre de la Corporación el Académico don Antonio Gil Muñiz.

Dicho discurso se inserta íntegro, por lo que se refiere a su parte doctrinal, en este número, habiéndose editado además reglamentariamente.

LA MUERTE DE ROMERO DE TORRES

El 10 de Mayo, y tras penosa enfermedad, murió en el Museo, su casa natal, el gran pintor de Córdoba Julio Romero de Torres. La ciudad entera mostró su duelo, y de España y el extranjero se recibieron hondas muestras de pesar. El entierro, al que se concedieron los máximos tributos oficiales, fué una explosión de duelo popular, y literatos, artistas, autoridades y pueblo bajo rivalizaron en el póstumo homenaje al inmortal hijo de Córdoba. La prensa local y nacional dedicó sendos artículos necrológicos a Romero de Torres y a su arte, de los que recogemos algunos de los más sentidos o documentados.

Un gran artista. Ha muerto el pintor cordobés Julio Romero de Torres

«Se sabía que Julio Romero de Torres estaba enfermo—padeía una afección al hígado—; pero no se esperaba el doloroso final, tan inmediato, casi repentino. Se confiaba en la robusta naturaleza del pintor, en su edad, pues desaparece aún no cumplidos los cincuenta años.

Hace seis meses justos Romero de Torres hablaba a un reportero madrileño de sus proyectos. El principal era trasladarse a París, aburrido de Madrid, cansado de Córdoba, su patria chica. No ha podido realizar tales proyectos. Como si Córdoba, celosa de su pintor, al conocer el propósito de fuga lo hubiera matado, cual en una de esas coplas del «cante jondo», que fueron las inspiradoras de la mayor parte de los cuadros de Romero de Torres. En esta primavera iba a marcharse el pintor. Córdoba ha esperado la fecha y no lo ha dejado partir. Su marcha será a otro mundo y para siempre. Romero de Torres no era un pintor de París. Era un pintor de España, y el destino ha querido que no se fuera de España sino en el viaje infinito...

¿Por qué le aburría Madrid? ¿Por qué no quería ya a Córdoba? Acaso no existiesen otras razones que las de orden sentimental. Romero de Torres ha sido el pintor más popular y más admirado de estos últimos tiempos. Contaba con la admiración del público y con el aplauso de los intelectuales. Alrededor de su arte y de su figura se han escrito millares de artículos, loas y exégesis. Pero... justo es decirlo: la popularidad comenzaba a declinar. El pintor vivía ya un poco apartado. Las nuevas generaciones artísticas no le estimaban. Ya no era la discusión que sirvió de vehículo a su fama. Ya era la crítica abierta y casi unánime. Acaso exagerada, tal vez cruel, pero no exenta de motivos justificadores. Romero de Torres se repetía de un modo incesante, había caído en el manierismo. Temas, figuras, ademanes, composición, colores se sucedían de cuadro en cuadro con fidelidad monótona y tenaz. El gran pintor no sólo no se superaba, sino que tampoco se renovaba. Había alcanzado el cénit de sus posibilidades por el equivocado concepto de adscribir la personalidad a un determinado modo de hacer y a un prefijado repertorio temático. El profano y el entendido, el ignaro y el culto, todo el mundo sabía distinguir de entre centenares de obras un cuadro de Romero de Torres sin equivocación posible. Ya se sabía de antemano cuáles eran las características y las particularidades que determinaban el arte invariable y monorrítmico del pintor. Y como éste no se mostró parco en la producción, sobrevino el cansancio, la fatiga por saturación. Es el peligro de la fecundidad cuando no va acompañada de otras virtudes. Y a este caso venían a añadirse las circunstancias. Son estos momentos de gran confusión en el campo del arte. Ideas y tendencias luchan enconadamente, y la resultante es que los gus-

tos se dividen y dispersan sin hallar punto fijo sobre el cual radicar. La pasión enturbia el juicio y atemoriza el ánimo. Y unos por cobardía y otros por política, pocos son los que se atreven a defender lo mismo que defendían hace diez, hace quince años.

Hoy que el artista ha muerto, todas las razones de circunstancias y todos los motivos ocasionales han de rendirse ante la evidencia de un hecho innegable: Julio Romero de Torres era un magnífico pintor, con una personalidad genuina, con un arte profundamente sugestivo.

Su técnica no procedía de fuentes hispanas. Fué adoptada tras concienzudos estudios de las figuras más representativas del Renacimiento italiano. En ella había una singular mezcla de reminiscencias florentinas y venecianas. Concretamente se destacaban en ella rasgos del Correggio y de Leonardo de Vinci. Con esa técnica, a cuyo servicio puso una paleta rica en coloraciones y un sentimiento exclusivamente andaluz sensualidad y tristeza—expresó concepciones típicamente españolas. Su tierra nativa floreció en los cuadros con aromas de nardo, de jazmín y de albahaca: esos perfumes intensos y capitosos que llenan las noches cordobesas.

Su pintura no era realista en el estricto sentido de la palabra. Romero de Torres no aceptaba la realidad. La transformaba en símbolo. Al mismo tiempo que pintaba, su alma lírica convertía los colores en estrofas, y los cuadros en poemas. Trasplantó a la pintura la literatura, esa literatura tan nuestra que elevó lo popular a la categoría de excelsitud. Y si algunas veces el prurito literario ahogó la expansión natural del pintor, otras el gran pintor desbordaba y aparecía con toda su esplendidez. Los desnudos femeninos que deja son trozos de pintura admirables e insuperables.

Romero de Torres no tuvo otro maestro que su padre, el pintor Romero Barros. Su fama data de 1908. En la Exposición Nacional de este año presentó el cuadro titulado «La musa gitana», que obtuvo primera medalla. En 1910 presentó otro titulado «El retablo del amor», que promovió gran revuelo al quererle adjudicar otra primera medalla, recompensa que obtuvo al año siguiente en la Exposición de Barcelona. En 1912 vuelve a la Exposición Nacional, y su cuadro «Consagración de la copla» promueve otro revuelo. Censuras y alabanzas riñeron un gran combate. El Jurado no otorgó ninguna recompensa al cuadro;

pero lo más distinguido de nuestra intelectualidad inició una suscripción para regalar, en desagravio al ilustre pintor, una medalla de oro cincelada por el difunto Julio Antonio, gran amigo y admirador suyo. En 1913 obtuvo otra primera medalla en Munich. A partir de esta fecha no volvió a presentar obras en ninguna Exposición oficial. En 1922 hizo un viaje a América, donde fué objeto de numerosos agasajos y homenajes.

Al regreso se le hizo objeto de otro homenaje de carácter nacional, y el Ayuntamiento de Córdoba le nombró hijo predilecto.

Una de las distinciones más relevantes con que se reconocieron oficialmente sus méritos, fué la de nombrarle profesor de la Academia de Bellas Artes de San Fernando; pero renunció pronto a ella. Ni a sus costumbres, ni a su temperamento, ni a sus aficiones iba bien el cargo.

La premura con que escribimos estas notas no nos permiten un examen más detenido de la obra y la personalidad de esta figura eminente del arte español contemporáneo.

Su desaparición la sentimos con toda el alma. Deploramos que no haya podido realizar ese proyectado viaje a París. Tal vez hubiese significado para el arte español lo que fué el segundo viaje a Roma de Velázquez. A la edad precisamente poco más o menos en que muere Romero de Torres, el gran Don Diego pintó el maravilloso retrato de Inocencio X, que se conserva en la Galería Doria de la Ciudad Eterna.—*Ballesteros de Martos*.—(«El Sol», 12 Mayo 1930).

Romero de Torres y Córdoba.—La esencia de la tierra

Este gran cordobés que acaba de morir gozó en vida una felicidad que les está reservada a muy pocos. La tierra—su tierra—fué para él verdadera cuna; le dió sangre, alma; y llenó sus días, hasta el último, de una divina esencia inmortal. Al decir esto no quiero sonar las palabras. Es que, en efecto, Córdoba se basta para ser la gran razón de existencia de un artista. Divinidad, inmortalidad; algo que no pone uno mismo, sino que ya lo trae. Algo que no es sólo esfuerzo, sino virtud o don. Y la esencia fragante, poderosa, para toda la personalidad, para todas las creaciones, para todos los gestos. No diré que sólo Córdoba puede traspasar a un hombre de esa esencia suya, tan hondamente como lo estaba en cuerpo y espíritu Julio Romero de To-

rres. Pero hay tierras que no agregan nada, que no dan nada. Y otras que quitan. Algunas tienen el genio ascético de la sequedad. Son, en arte, como árboles podados o como peñas de cumbre. Exigen a sus hijos que lo hagan ellos todo, y practiquen esa terrible pedagogía de la privación, del abandono y a veces del maltrato. Y hay también otras tierras que si dan el carácter dan cosa poco estimable, de tal modo que la mayor victoria que ha de ganar el artista ha de ser sobre la propia raigambre de su personalidad.

La primera vez que entré en el jardinillo cordobés de Romero de Torres—la fuente blanca, el arrayán, los tejadillos bajos, la planta irregular, de obra que ha ido haciéndose a fuerza de años; y sobre todo las tanagras vivas, figuritas gráciles de proporciones tan delicadas, de ojos tan profundos...—¡inolvidable sensación de serenidad clásica y misterio moruno!—; la primera vez que pisé la casa, el patio y el Museo, comprendí que Julio era de esos artistas que concentran en sí mismos lo mejor de la savia familiar y local, y que sería imposible suponerle solo, como el autodidacta, como el desheredado. Allí, en aquel rincón de su gloriosa ciudad, de noble tradición, tenía delante Julio, desde niño, las columnas, las estatuas desenterradas de una madre Córdoba, vestida a la romana, y los cuadros románticos de otro Romero, cordobés: su padre. Pero fuera del Museo y del jardín estaba Córdoba, hasta la Mezquita y hasta el río, y estaba la sierra. Lucha secular de fuerzas contrarias; unas, relajantes; otras, purificadoras. Unas tirando del alma de Córdoba hacia el aniquilamiento fatal; otras, librándola todos los días por la salud del campo y de las montañas cercanas. Córdoba campesina: el sombrero redondo. El vino dorado. La punta de toros entre garrochas. Córdoba casera, callejera, árabe. Sombras azules, livor de ojeras, suave tez pálida y olivácea en el óvalo inconcebiblemente fino de los rostros adolescentes. Rondas, cortejos, veladas a la reja, coplas... Yo he visto siempre, al pasar por Córdoba, en esa inercia apasionada, en ese aire quieto cargado de deseos sensuales martirizados por una moral exótica, el maleficio de la Mezquita. Sin el campo habría muerto ya. Sin el aire sano de la sierra, perfumado de aromas tónicos, Córdoba habría renunciado a vivir. Pero vedla en la calle y en los cuadros de Julio Romero. Bajo la fatiga de la tez y la llama febril de los ojos moros está todavía la línea clásica, la recia contextura clásica. ¿Romana? Quizá más sólida todavía. Más campesina, de la ribera del Guadalquivir.

Como ofrenda a la memoria de nuestro amigo hubiera querido yo dejar algo más que estas líneas rápidas. Le hemos visto tantos años en Madrid, entre nosotros, como uno de los nuestros, que habíamos acabado por desprenderlo de su jardín de Córdoba. Le veíamos más italiano que andaluz. Paleta veneciana o florentina. Pátina meditada. Reglas, fórmulas, «manera». Oficio y técnica de *lá presto*. Recuerdo que una vez en su estudio, mirando tres cuadros que se parecían demasiado, me dijo:

—Quieren cosas más y yo las pinto. Y mire usted si tiene gracia, ¡las vuelven a querer y las vuelvo a pintar!

Donde haya un lienzo de Romero de Torres, de cualquier época, habrá una mano firme, segura, una personalidad... Y un trasunto, siquiera remoto, del alma cordobesa. Su raza, su ciudad, su casa, familia, están clara o difusamente en toda su obra. Hoy velará el silencio y la soledad de aquel Museo, cuidado con tanto amor, otro artista de la misma cepa, su hermano Enrique, que fué para Julio no sólo un consejero y un guía, sino un espíritu animador, un ángel de la guarda. El alma del gran cordobés flota levemente sobre sus cosas terrenas, de las que no quiere despegarse. Sigue adscrito a ellas. Aguardará un renacer, un reflorecer, y en tierra tan rica no podrá sorprendernos que aquellas virtudes y cualidades quieran volver a lograrse mejor en una nueva vida.—*Luis Bello*.—(De «El Sol» 15 de Mayo de 1930).

Sobre la tumba de Julio Romero de Torres

Julio Romero de Torres duerme ya su último sueño en el regazo de la Sultana que tanto amó, y tierra de Córdoba, la blanca, cubre como un sudario el cuerpo yacente del hijo predilecto.

Por amor de Córdoba, romana y sarracena; por el recuerdo de tantas horas—las postreras acaso de mi juventud inolvidable—como viví entre la selva pétrea de su Mezquita, y bajo los clásicos olivos, y en la agreste y bucólica soledad de sus ermitas, y por entre los jardincillos italianizantes del Museo, y junto a la estatua del Gran Capitán, y a la sombra clara de la veia de sus patios, sonoros y aromados, cristal de las fuentes y porcelana viva de las flores, y por sus callejas huidizas y sinuosas, y a lo largo de la de Gondomar, en donde en su Club, divaga, como un Don Juan taurómico, *Guerrita* entre las disecadas testas de sus víctimas, sean los ojos de la romana fuente como los tornavoces de mi ilanto, y llegue mi pésame a la ciudad.

* * *

Hace veintidós años, en el café del Gato Negro, en el teatro de la Comedia —¡ay, otros tiempos, cuando Jacinto Benavente era el «autor de la casa!»—, D. Ramón del Valle Inclán, todavía de endrina las barbas bajo el rostro iluminado y ascético, llegó como un personaje del *Greco* del brazo del pintor moderno, y me lo presentó. Era la hora del gran triunfo de *El retablo del amor*. Desde aquel día me empeñé en ser amigo de Julio Tomero de Torres, y lo conseguí muy pronto de su cordialidad. Yo, extranjero en la tierra que adoraba, sentía que, acercándome a él, acercábame a lo que España tiene de más pintoresco, de más hondamente sentimental, de más inconfundible y singular en Europa, y, acaso, de más antiguo. El traía ya en sus pinceles la línea de los primitivos italianos, y en su paleta los fondos de Leonardo, *el divino*; pero seguía profundamente andaluz, y andaluz de Córdoba, grave como Séneca y majestuoso como *Lagartijo*, con sentencias de filósofo en los labios y «largas» toreras en el ademán. Era el pintor de una mujer, que a veces tenía bajo el mantón una actitud de *La Gioconda*, y en la lumbre negra de los ojos la sonrisa enigmática que a la otra le vagaba en la boca, y era siempre distinta, y era siempre la misma, pero no una mujer real como la de Rubens, sino su cordobesa ideal, la del cálido tono moreno, barro de amor soñado con el alma de nardo del árabe español que perfuma unos versos de Mano Machado.

—¡Adiós, maestro Romerol

—¡Adiós, *maestro* Sassonel

El me respondía en broma por restarle importancia a la sinceridad de mi homenaje, y nos íbamos juntos a su estudio, ávido yo de contemplar otro retrato de mujer que era siempre la misma y era siempre nueva. Y un día me pintó el amor de mi vida. El me lo puso fuera del tiempo; él lo regaló a mis ojos por siempre, para que lo vieran inmutable; él aquietó en mi recuerdo la visión de mi juventud. ¿Qué puedo yo decir de su arte? ¿Qué pudiera escribir, aunque fuese lo que no soy, un crítico? Queda para otros la exégesis pictórica y literaria—literaria—también, ¿cómo no?—de su obra, y para otros más—se dará el caso que quieran confundir con el amaneramiento el vigor de una personalidad; yo sólo quiero decir que cada lienzo suyo era poesía, como una copla con buena literatura; yo sólo sé que era mi amigo..., ¡y se me ha ídol

* * *

¿Y *Pacheco*, el galgo negro? ¿Dónde estará *Pacheco*? Habrá curvado dolorosamente el ébano vivo de su cuerpo, ágil como un arco de ballesta, sobre la tumba de su amo. ¡Pobre *Pacheco*! Es un poco mi hermano, porque mi dolor también aulla como un perro en la noche.

* * *

—¡Adiós, maestro Juliol! Al darle el pésame a tu ciudad, Córdoba de maravilla, donde floreciste y duermes, sale este artículo entrecortado por los sollozos. Te doy lo único que tengo, mi pobre pluma, que, en esta carrera, cada vez más solo, y cada vez con más ilusiones marchitas, y cada vez con menos brillo el oro falso de la mediocridad, apenas me va sirviendo, ¡y aún doy gracias a Dios! para llorar gota a gota por los amigos de mi corazón.—*Felipe Sassone*.—(De «A B C» 17 de Mayo de 1930).

